

¿UN NUEVO EPISODIO DE EL RUEDO IBÉRICO?

Durante la fiesta palatina con que se festeja la concesión de la rosa de oro vaticana a Isabel II, ésta, el rey consorte y Narváez hablan de un personaje cuya fugaz mención en *La corte de los milagros*¹ no haría esperar la importancia que adquiere después en *Viva mi dueño*². Las Augustas Personas y el Ministro conversan recatadamente “en el hueco de un balcón” (CM, pp. 19-21):

—Mi deber es aconsejar lealmente, sin perder de vista los intereses políticos y las altas responsabilidades de mis actos. La Real Familia no puede reconocer públicamente, ni tampoco con relaciones privadas, el origen misterioso de ese personaje.

Acudió severa la Reina:

—¡Es nieto de reyes, Narváez!

—¡Señora, dice serlo!

—Haces mal en dudarlo. Estoy bien enterada y creía que tú lo estuvieses. A Luis Fernando, fruto de unos amores de mi padre, tú le has conocido en París. Éste es su hijo.

El Augusto Consorte se arrimó con respingo de perro faldero, al recadén propincuo de la Reina:

—¡Nuestro sobrino, Narváez!...

—Señor, mi deber es advertir a Vuestras Majestades.

Insistió la Reina:

—Yo tengo secretas razones de conciencia para recibir al Príncipe Luis de Borbón...

Se impacientó el Espadón:

—Señora, mi deber es hablaros lealmente. El Gobierno tiene pésimas referencias del que se titula sobrino por la mano izquierda, de Vuestras Majestades. Ha recorrido varias Cortes Europeas, llamándose unas veces Conde Blanc y otras Príncipe Luis María César de Borbón: En todas partes ha vivido de un modo turbio: La Policía, alguna vez, le condujo a la frontera. Últimamente acompa-

¹ RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN, *El ruedo ibérico*, Primera serie, t. 1, *La corte de los milagros*, Imprenta Rivadeneyra, Madrid, 18 de abril de 1927 (*Opera Omnia*, vol. 21). Abreviaré CM.

² RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN, *El ruedo ibérico*, Primera serie, t. 2, *Viva mi dueño*, Imprenta Rivadeneyra, Madrid, 23 de octubre de 1928 (*Opera Omnia*, vol. 22). Abreviaré VMD.

ñaba al Infante Don Juan, en Italia: No me extrañaría que hubiese llegado aquí bajo el patrocinio de alguna monja.

Cortó... la Reina Nuestra Señora:

—Está bien, Narváez. Has hablado lealmente y te lo agradezco. Como Reina Constitucional he querido someterte este asunto de familia. Haré lo que me aconsejas y no recibiré a mi sobrino, a ese personaje, como tú has recalcado... Eres un cascarrabias, y me has ofendido, porque se trata de mi sangre.

Pero, muerto Narváez, Isabel anuncia su cambio de propósito (*VMD*, pp. 160-161):

...Asistía al Consejo el Rey Don Francisco; y con gesto alambicado se inclinó para deslizar algunas palabras en la oreja de la Reina: La Augusta Señora, volviéndose al coro ministerial, dio a sus mantecas un empaque altanero y una azul frialdad al celaje de los ojos:

—Me olvidaba deciros... La Real Familia ha tomado el acuerdo de reconocer a uno de sus miembros, al Príncipe Luis María César de Borbón. Al realizarlo, cumplimos deberes de conciencia, porque se trata de un nieto del Rey Fernando VII...

Con resuello apoplético, tomó la palabra Don Luis González Bravo:

—Señora, supongo fruto de maduras reflexiones la decisión que ahora tenéis la bondad de comunicarnos, pero no juzgo ocioso recordaros que a ella era opuesto el Duque de Valencia.

La Católica Majestad tenía una dura resolución en las pupilas de turquesa:

—Es asunto de conciencia, que sólo incumbe a la Real Familia. Narváez, autorizado por mí, pudo permitirse un consejo... ¡Más no!

Chifló el Rey Consorte:

—Su Santidad acaba de agradecer a nuestro sobrino con el título de Príncipe de Borbón. Eso significa el reconocimiento de su jerarquía como vástago del inolvidable Rey Fernando: Desde ese momento es indudable la obligación moral que pesa sobre la rama española. El Gobierno no puede poner en entredicho los actos del Santo Padre.

Inflaba la pechuga la Reina Nuestra Señora:

—De eso no se habla más... Es asunto privativo de mi conciencia. Su Santidad, al agradecerle, me ha mostrado el recto sendero...

El "sobrino de la mano izquierda", zuavo pontificio, "famoso en las ruletas internacionales" y protegido de la Seráfica Madre Patrocinio, no tarda en aparecer por las habitaciones reales, donde asiste a un concierto privado y luego "al rosario de familia en la cámara de la reina" (*ibid.*, pp. 170-172 y 176-179). Se convierte luego en portador secreto de la carta donde Isabel II, víctima de las maniobras de la monja de las llagas y de su propio marido, somete al Papa su caso de conciencia: la legitimidad del príncipe Alfonso (*ibid.*, pp. 306-307). Nos enteramos luego de que el Conde Blanc ha sido

raptado y despojado de la correspondencia por "una secta luciferina, que mantiene relaciones con la demagogia española" y que amenaza "con enviar alguno de esos documentos a la masonería" peninsular (*ibid.*, pp. 364-365); el mismo conde "ha escrito una carta, a todas luces impuesta por sus opresores, y esa carta descubre los hilos de la tenebrosa maquinación" (*ibid.*, p. 367). La reina, afligida por la suerte del "sobrino", comenta páginas después (*ibid.*, p. 372): "... ese tarambana no debió haberse aventurado sin una escolta, conociendo la inseguridad de los caminos romanos..." Las vicisitudes de la carta secreta vuelven a aludirse en un diálogo entre Monseñor Franchi e Isabel (*ibid.*, pp. 373-374). Copia de ella es enviada al duque de Montpensier, interesado particularmente en el asunto por ambiciones dinásticas, y, ante sus dudas acerca de la autenticidad, el secretario le advierte que "para alcanzar una plena convicción, sería preciso hacer un viaje a Londres" (*ibid.*, pp. 403-404). Allí, mientras tanto (pp. 419-420),

un italiano con las botas rotas, fería, haciendo misterios, la famosa carta de la Reina Nuestra Señora a Su Santidad Pío Nono. —¡El pliego de escrúpulos y confesiones, caído por artes infernales, en poder de una secta carbonaria!— Entre los emigrados españoles circulaban copias del regio autógrafo... El italiano... aseguraba... que el regio autógrafo... estaba depositado en un cofre, bajo bóvedas subterráneas. Agentes orleanistas le habían hecho proposiciones: Al Duque de Montpensier le interesaba la posesión del regio autógrafo. ¡Pagaba bien! Pero al italiano... le repugnaba entenderse con la odiada casta de Luis Felipe. Por mucho menos dinero... ofrecía el cismático papel a la revolución española...

Entre los agregados a las versiones definitivas de *La corte* (1931) y *Viva mi dueño* (1932)³, no hay ninguno que se refiera ni al Conde Blanc ni a su desgraciada aventura. En 1933, se publica independientemente "Correo diplomático"⁴, vinculado con ambos.

"CORREO DIPLOMÁTICO"

I

La Primavera en la campaña romana es siempre nubosa y friolenta, y no fue excepción aquella de 1868. Una diligencia con largo tiro de jamelgos tambaleaba por el camino de Civitta-Vechia [*sic*] a Roma. Tres viajeros ocupaban la berlina. Dos señoras de estrafalarío tocado, piadosas momias irlandesas, y un buen mozo dormilón, envuelto en ampuloso jaique de Zuavo pontificio. El mayoral fustigaba el tiro jurando alterna-

³ Cf. mi artículo "Acerca de *La corte de los milagros*", *NRFH*, 11 (1957), 343-365, especialmente la parte II, pp. 349 ss.

⁴ RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN, "Correo diplomático", *Ahora*, Madrid, 12 y 19 de marzo de 1933, pp. 7 y 7-8.

tivamente por las divinidades olímpicas y la corte celestial. Remota, en la tarde agonizante, erigía su curva mole la cúpula del Vaticano: negra, apologetica y dogmática sobre el ocaso de sangre.

II

La Porta de Popolo, cercada de aduaneros y mendigos, descubría en prolongada incertidumbre el ámbito de una plaza desierta. Dando tumbo, estrepitosa de gritos y cascabeles, cruzó la diligencia bajo el gran arco dórico que trazó Miguel Ángel. Mendigos y perros la saludaron con rezos y alharaca. Desde lejos, desplegada en guerrilla, una turba de chucuelos la tiroteó con pellas de barro, sin respeto para la guardia de zuevos franceses que jugaba a la malilla sobre una manta. Gritos y clamores tenían una anacrónica y turbadora resonancia en la vastedad de [la] plaza con su obelisco cubierto de signaturas faraónicas. El mayoral detuvo el tiro y saltó del pescante a la intimación de un aduanero barbudo, con capa y sombrero tirolés, traza cabal de brigante de ópera. El zagal de la diligencia, abriendo la portezuela, advirtió a los pasajeros que iban a ser revisados equipajes y pasaportes.

III

De las alturas de la diligencia se desgranó un rosario de seminaristas —negros zapatos con hebillas, medias moradas, revuelo de sotanas—. Eran becarios del Colegio Conciliar de Santa Verónica del Janículo. Tenían un encogimiento de campesinos enfermos de nostalgias, rudo y apocado. Entre la avalancha de zapatos eclesiásticos y canillas moradas, asomaba, pegado al vidrio de la berlina, el sombrero estafalario de Missis [sic] Pamela Bristol. A su vera se apuraba la otra momia, revolviendo en el cabás que tenía abierto sobre las rodillas:

—¡Oh! ¡Que nos han robado los pasaportes!

Missis Pamela se volvió con un gesto perplejo:

—¿Es ahí donde usted los guardaba?... En el otro cabás... ¿Por qué no mira usted en el otro cabás?

—¡Nos los han substraído!

Missis Pamela se arrugó con remilgo puritano:

—¿Por qué supone usted eso? Missis Mery [sic], hace usted mal en abrigar un juicio tan poco cristiano de los súbditos de Nuestro Santo Padre. Seguramente en el otro cabás...

—No... Tampoco en el otro...

—¡Será posible!

—Yo no acuso a los súbditos del Santo Padre... ¡Líbreme Dios de tan mal pensamiento! Yo no acuso a nadie... Pero si se me permite una sospecha, diré que en esto, como en todo lo malo que ahora ocurre en el mundo, anda la mano de los carbonarios.

Missis Pamela la miró muy fruncida:

—No deje usted volar el potro de la fantasía. ¡Es usted incorregible!

Missis Mery cerró el cabás con un mohín de resentimiento.

—Yo veo la mano de esos brigantes. Permítame usted que la vea...

¡Y, francamente, me extraña que no sea usted de mi opinión!

Missis Pamela otorgó con una sonrisa orificada.

—¡No sospeche usted que defiende a esa secta! ¿Pero nuestros pasaportes qué valor tienen para esos enemigos de la Sociedad?

—¡Y quién sabe a dónde llegan sus tenebrosas maquinaciones!

—Missis Mery, tiene usted una imaginación meridional. Déjeme usted suponer que los pasaportes se han extraviado...

—¡Oh!... Missis Pamela, no deseo contrariarla; quiero suponer lo mismo que usted... Pero no podía menos de ocurrirnos algún contratiempo. ¡Un cochero blasfemo, que no ha cesado de profanar el Santo Nombre de Dios! ¡Un sin entrañas que constantemente maltrata a las pobres bestias del tiro!... ¡Y es poco que nos hayan robado los pasaportes!

Missis Pamela, alta, rubia, escuálida, pecosa, sin edad, tenía un gesto incrédulo y vacilante.

—Son los folletines que la hacen pensar a usted así, Missis Mery.

—¡Oh!... Qué equivocada su opinión, Missis Pamela. Considere usted que hubiésemos caído en poder de los carbonarios, como nuestros pasaportes.

—¡Sin duda!

—¿Cuáles no hubieran sido los ultrajes de esos enemigos de la Sociedad? ¡Horroriza pensarlo!

El aduanero abrió la portezuela y saludó con galante cortesía, llevándose la mano al haldudo sombrero de brigante.

—Excelencias, sírvanse entregar los pasaportes para el visado.

Missis Pamela quiso explicar la desaparición de aquellos documentos, pero no hablaba el italiano y chapurreó sus disculpas en francés. El aduanero aseguró su bella sonrisa de brigante bajo las alas del fieltro tirolés:

—Non capisco.

Se atortoló Missis Mery.

—¡Que no comprendel... ¡Oh! ¿Cómo decirle que somos víctimas de los carbonarios?

En éstas volvió a ocupar su puesto en la berlina el Zuavo pontificio. Lucía estrellas de capitán, era arrogante mozo, la barba negra con aceitosas luces, los ojos de calina expresión colmada de engaños, ojos levantinos, sensuales como la boca de bello imperial, y la gran nariz aborbonada. Missis Pamela, lánguida y expresiva, le contó su apuro. El capitán, con aterciopelada sonrisa, se puso al servicio de las conturbadas señoras. Hablaba el toscano con nasales francesas. Persuasivo, dejó un escudo de plata en la mano del aduanero y le despidió, acentuando un gesto de fanfarrona benevolencia. El barbudo del tirolés, emulándole la escuela, saludó con aparatoso rendimiento:

—Excelentísimo príncipe, soy vuestro más humilde siervo.

IV

Missis Pamela, ruborizándose, explicó que era viuda, y el recuerdo puso un apenado remilgo en su boca pueril:

—¡Dios se llevó al elegido de mi corazón, dejándome sola en este valle!

El capitán de Zuavos la miraba con petulante sonrisa de buen mozo. Aquel Marte Pontificio, conde Blanc en París, marqués de Toledo en Monte-Carlo, príncipe Luis María César de Borbón en su avatar romano, era un famoso aventurero de las ruletas cosmopolitas. Regresaba de la Corte española, adonde había ido, correo en la gran intriga que con monjas y frailes, camarilleros isabelinos, y emigrados carcundas, conducía monseñor Antonelli, cardenal secretario de Estado. Sor Patrocinio, la seráfica madre de las llagas, habíale alcanzado las charreteras en las apostólicas milicias de Su Santidad. Titulábase príncipe de Borbón, y hacíase pasar por bastardo del rey Fernando VII. Regresaba de la Corte isabelina con la malquerencia del Espadón. Monsieur Barrilli, nuncio en Madrid, había mediado aconsejándole que se volviese a Roma. La conjura apostólica zozobraba, y con ella otros piadosos ardides de la monja para que su ahijado, en un ceremonial palatino, alcanzase el reconocimiento de su sangre, acogido como deudo de las reales personas. Por mediación de la seráfica madrina hubo secretas entrevistas —lágrimas y besuqueo, promesas y mieles, fallidos propósitos de remediarle con dineros—. Volvía desilusionado, temeroso. En Roma, los usureros, después de la tregua que le habían concedido, iban a redoblar el acoso. El príncipe Luis María César, con el tabario de estos pensamientos, flechaba los ojos sobre Missis Pamela. La novela de los carbonarios, soñada por las momias irlandesas, le sugería la remota posibilidad de vender a las logias revolucionarias los pliegos de su correo. Había levantado los sellos y sabía cuánta era la importancia de aquellos despachos. Missis Pamela se ruboriza pudibunda bajo la negra mirada del príncipe:

—¡Oh! Le somos deudoras de un favor inolvidable... Nos han recomendado el London-Hotel. ¿Cree usted, caballero, que es un hospedaje honorable para señoras?

El príncipe, con arrogante decisión, respondió imperturbable:

—Yo me dirijo también al London-Hotel.

—¡Oh! Qué dicha tenerlo por compañero. ¿Ha oído usted, Missis Mery?

Missis Mery saludó con una cortesía desgarrada. La diligencia, trompicando por callejuelas, de huertos conventuales, salió a una gran plaza con una fuente. Anochecía. La fuente era negra, las aguas de plata. Luces de una iglesia. Luces y campanas.

V

El Hotel de Londres ocupaba el antiguo palacio Foscarine [sic] —Vía de los Santos Mártires—. Era frecuentado de obispos y monseñores de viaje, damas santurronas y viejos anticuarios, legitimistas franceses y carcundas de España. La Vía de los Santos Mártires es una de las más solitarias. Apenas, con largos espacios, un clérigo, una beata, la infantil bandada de una iglesia de monjas, la fugitiva hopalanda de un judío, el arqueológico landó de un cardenal, con lacayos de peluca blanca, medias de seda y protocolario paraguas rojo. La murmuración popular susurraba que aquel hospedaje poblado de sombras talaes y ecos santurrones era propiedad de los Padres Ignacianos. De la noble decoración antigua conservaba el patio de mármol con bella columnata, y el jardín

con una fuente en el estilo de Bernine [*sic*]. Bajo sacrílegos revoques desaparecían los frisos de la gran escalera y los frescos de la lucerna. El capitán de Zuavos, conde Blanc en París y príncipe de Borbón en Roma, asegurado en su aposento con dos vueltas de llave, el ojo de la cerradura cubierto por el fez, a la luz de una bujía examinaba con perpleja cautela los pliegos que traía de España. Había vuelto a colocar los lacres y no se traicionaba la menor señal de fractura. Sin embargo, le acudía más fuerte la tentación de jugarle una burla al cardenal Antonelli. El deseo furbo y maligno de sentirse canalla removíase en su alma de aventurero. Volvió a poner los pliegos en la valija, apagó la luz y disimulándose bajo una capa plebeya salió por la escalera de criados. La calle estaba oscura. En la Roma Pontificia, cuando el calendario anunciaba luna, no se encendían los faroles. El príncipe, recatado en el embozo, entróse por intrincadas callejuelas para salir al Ponte Vechio [*sic*]. La luna no disipaba las sombras de aquellos parajes. El viento, los marullos del río, los pasos de una ronda, la puerta iluminada de una taberna, la disputa de unos mal casados, escalonábanse como motivos de la ciudad dormida. Los muros de palacios y conventos cerraban todos sus ojos de piedra. Arcos, obeliscos, estatuas, cúpulas y ruinas tenían una insurrección ceñuda, en perspectivas llenas de sombra. Ciega, geométrica, la ciudad cargada de siglos abolíase en la gran taciturnidad de un sueño de piedra. El príncipe bajó al Trastevere. Buscó una puerta, y cuando se disponía a llamar, vio venir una procesión de alumbrantes. Rumoroso rezo, jaquelado a intervalos por el repique de una campanilla, invadió la callejuela. El viento estremecía las luces. Los devotos farolillos tenían el temblor de vidas efímeras entregadas a la noche inexorable con arrebujo angustiado. Bajo enorme paraguas, en medio del cortejo, venía un clérigo revestido con sotana y roquete, y delante repicaba la campanilla del acólito. El príncipe, que se había recatado en el quicio de la puerta, sintió rechinar la cerradura. La puerta se abría lentamente y un retablo de mujerucas con luces y mantos aparecía en las tenebrosidades del zaguán. Las figuras perfilaban su bulto, entre el temblor de las velillas, en el limbo de sombras. El príncipe se volvió interrogando a un alumbrante:

—¿Quién se muere?

—Quien Dios llama.

Era un viejo sórdido y encendido, con barbas marineras. El príncipe había sentido una tufarada vinosa en mitad de la cara. Acudió con su explicación una devota:

—Viatícase el señor Cósimo.

VI

El viejo movía la cabeza y, marrullero, resoplaba entre las barbas aborascadas:

—Cósimo ha dicho la señora... No te fíes demasiado, carísimo... Y, después de todo, igual... La muerte no elige. ¿Qué importa que se llame Cósimo? Cuando un hombre se va del mundo hay que despedirle. ¡Adiós, amigo! Es un momento y no cuesta dinero. Palabra de honor, estaba jugando a la lotería; he dejado el cartón cuando tenía terno. Es muy edificante esta ceremonia y no debe perderse... ¡Cósimo! ¿Qué im-

porta que se llame Cósimo? ¡Hay que perdonar! El corazón es de ley. Se bebe y se mea. Hay que perdonar cualquier falta. Se bebe y se mea. Hoy mearemos menos que otros días... Uno es sensible y tiene las lágrimas fáciles. ¡Muy conmovedora esta ceremonia! ¡Y lo mismo sería si no se llamase Cósimo! ¡Cósimo ha dicho la señora!...

El viejo subía la angosta escalera, apretado por el cortejo, pisándose la capa, esparciendo una gran tufarada vinaria. La campanilla del acólito repicaba en lo alto, metiéndose por la puerta del guardillón donde hacía duelo una mujer vistosa: peinado de rizos, casabé con lazos y volantes. La señorita Julia, cantante napolitana con ronquera crónica, pasaba por sobrina del señor Cósimo Balsena. Se compungía con un gesto pintado:

—¡Ay!... ¡Qué sola me deja!

El señor Cósimo Balsena, piadoso sacamuelas de mercado, se iba del mundo con pavoroso estertor. En la alcoba, la luz, velada por un papel aceitoso, puesto a guisa de pantalla, mantenía en sombra el bulto del señor Cósimo. Apenas se presentía el relieve de la cabeza en el hueco de las almohadas. Las candelillas del cortejo, arrodillado en retablo a uno y otro quicio de la puerta, jugaban, corretonas, por la tarima. Resaltaban, en el tumulto de reflejos, los rotos del pelado alfombrín, los tacones de unos zapatos femeninos en intento de baile, el rebusco de ropas escondido de prisa bajo el catre. Despachó el clérigo la ceremonia con galopante rezo latino, y el cortejo, dando un soplo a las luces, se dispersó por la escalera.

—¡Dejé el cartón de la lotería cuando apuntaba terno! Se bebe, se puede alguna vez faltar... Pero hay religión... No somos como los perros... ¡Allá nos espere muchos años! No era un amigo de la infancia, pero como si lo fuese.

VII

Cuando la señorita Julia intentó cerrar la puerta halló el saludo burión del príncipe Luis María César. Sobresaltada, empujó arrimando el hombro.

—¿Usted qué desea?

El príncipe, con fanfarronería melodramática, se llevó un dedo a los labios. La señorita Julia soltó la puerta y escapó, perdiendo un chapín y las horquillas del moño.

—¡Cósimo, aquí resta un intruso!

El sacramentado sacó un pistolón oculto entre el rimero de almohadas. El príncipe se detuvo en el umbral de la alcoba. El moribundo le encañonaba:

—¿Qué se ofrece?

El príncipe curvaba una pomposa cortesía:

—Rogarte que saludes en el otro mundo al comendador Balduini.

Habíase incorporado al piadoso cortejo, persuadido de que toda aquella liturgia encubría un sacrílego simulacro. Cósimo Balsena era el nombre supuesto de un antiguo garibaldino apasionado del juego, de las mujeres y de la unidad italiana. Con disfraz de sacamuelas ambulante y ostentosas muestras de piedad engataba a los esbirros del Papado.

Santiguábase delante de todas las iglesias, rezaba con grandes golpes de pecho, cantaba en las procesiones y, secretamente, como delegado de las logias napolitanas, conducía los hilos de una conjura popular contra el absolutismo teocrático y el poder temporal del Pontificado. En las catacumbas carbonarias pronunciaba terroríficas arengas, emplazando para un próximo fin a todas las religiones positivas. El príncipe le había encontrado años atrás, en una hora borrascosa, alrededor de la ruleta de Montecarlo. El príncipe se titulaba entonces marqués de Toledo, y Cósimo Balsena era el "comendatore" Andrea Balduini. Después anduvieron unidos sus nombres cuando la desaparición en un baile de máscaras del collar que lucía la famosa pecadora Marion Brizac. Cósimo Balsena, vicioso y corrompido, explotador de mujeres fáciles, señalado como tahur y monedero falso a través de una vida de crápula y procesos, jamás había vendido el secreto de las conjuras revolucionarias, fiel a la gran idea del reino de Italia.

VIII

La señorita Julia se sujetaba el moño, saltante sobre un pie a la captura del chapín. El sacramentado había puesto el pistolón bajo las almohadas y sacaba la petaca:

—Julia, amor mío, retira el papel que tapa la luz. Es un amigo que sale de la tumba.

—¡Oh! No amo los fantasmas.

El príncipe, destacándose de la puerta, alcanzó la bujía y la levantó, alumbrándose la figura, suspensa de un hombro la capa plebeya:

—No soy un fantasma, señorita. Para convencerse puede usted tocarme y palparme.

Cortó el sacramentado:

—¿Qué traes?

—¡Un gran negocio!

—Estoy muy vigilado.

—No importa.

—¿Llegas de España? ¿Sigues en tus pretensiones para ser reconocido como bastardo de Tigrecán?

—Todo lo llevo en ese naipe.

—¿Y qué has sacado?

—Hasta ahora, nada. La real familia me recibía secretamente. Mi amante hermana me besuqueaba y vertía un diluvio de lágrimas. La madre Patrocinio me auguraba el mejor resultado en mi empeño... Y cuando creía allanados todos los obstáculos para obtener el reconocimiento legal, se le antoja poner el veto al Espadón.

—¿Tanto puede?

—¡Tiene en el puño a la familia real!

—¿Y la Milagrera?

—No le quiere. Nadie le quiere...

—¿Qué le sostiene?

—El miedo de todos. La camarilla le considera como el único espantajo capaz de guardar la higuera monárquica.

—¿Y el pueblo?

—Tumbado al sol.

—¿Y sus tribunales?

—Allí, al que dice pío lo mandan a un presidio de África.

—¿No crees en el próximo levantamiento de toda España?

—No lo creo.

—Pues está anunciado.

—Ya lo sé.

—¿Tú qué has visto?

—Un pueblo dormido. En España, por mucho tiempo, acaso siglos, las revoluciones no pasarán de merendolas de generales.

—¿Pero los españoles no sienten su oprobio? ¿Esa familia real de prostitutas, afeminados y cretinos, no les da vergüenza? ¡Esa reina!

—Yo creo que se alegran. Me han parecido los españoles unos borregos envidiosos, y he visto que nada les satisface tanto como tener motivo para denigrar a los que descuellan en los puestos preeminentes. Si les fuese posible, buscarían a sus gobernantes en los presidios sólo para luego poder vejarse.

Murmuró reconcentrado el antiguo garibaldino:

—¡Lo mismo ocurre con nuestra plebe romana!

Bromeó el príncipe:

—Monseñor Antonelli lo llama pecado contra el Espíritu Santo.

En la sombra de la pared, la gran nariz del carbonario se torció como si le llegase un olor ingrato:

—No soy teólogo, y en mi lenguaje eso se llama envidia. Esperemos que los borregos envidiosos se conviertan alguna vez en lobos envidiosos.

—¿Y qué sucedería entonces?

—No lo sé... Eso, acaso sea el socialismo que predica el judío Marx.

La señorita Julia, sentada a los pies del catre, escuchaba, cargados los ojos de eléctricas interrogaciones; asomaba entre las almohadas el pistón del sacramentado, y en la luz de la vela encendía un tabaquillo *cavou* el bastardo de "Narizotas".

—No perdamos más tiempo. Necesito hacerte importantes revelaciones, y temo aburrir a esta encantadora señorita.

Se levantó la Suripanta:

—¡Oh!... Para decirme que estorbo no hace falta tanta retórica.

Con la punta del pie buscó bajo el catre el chapín en reincidente fuga, doblóse cuchicheando al oído del sacramentado y se fue con empaque taconeante.

IX

El príncipe Luis María César tenía puestos los ojos en el sacramentado:

—Eres un gran comediante. ¡Superior al viejo Rossi!

—Y tú un gran incrédulo. Te aseguro que estaba en el mejor propósito para irme al otro mundo, y solamente me he quedado en éste para recibir tu visita. ¡Breves momentos, carísimo!

En pernetas, el ex-moribundo saltó del catre y empezó a vestirse. El príncipe requirió de nuevo la vela, arrimando el tabaquillo:

—Perdona que haya sido tan inoportuno. Y otra vez que decidas mo-

rirte no olvides solicitar la bendición "in extremis" de Su Santidad. Un gran pecador como tú no puede ponerse en camino sin ese pasaporte.

El ex-moribundo, dándose una palmada en el cogote, sacó la lengua con mueca de caricato:

—Lo tendré presente.

El príncipe asintió, burlón:

—Es consejo de amigo, y, consecuentemente, espero que no me niegues tus luces en negocio de menos importancia. Tengo en mi poder algunos documentos que pueden ayudar a los fines de limpiar la selva de lobos.

El príncipe usaba el lenguaje simbólico del carbonarismo. Atajó:

—¿Documentos de la revolución española? De esas burlas están llenos los archivos de la Venta Suprema de Nápoles.

—¡Oh!... Qué engañado. Carísimo, es prematuro emitir juicio sobre documentos que permanecen secretos.

El carbonario insistió sin mudar el tono de mercader que tarifa encareciendo tachas y rehusando con desdenes:

—La Suprema Venta de Nápoles hoy está abscrita [*sic*] a cumplir la gran obra nuestra: la unidad de Italia con Víctor Manuel en Roma. Todo lo que sea distraer recursos fuera de ese propósito, es un crimen.

—Los documentos que yo guardo no son tan ajenos como quieres suponer a los intereses de la Suprema Venta de Nápoles. Voy a explicártelo. La Corte de España es un satélite de la política vaticana. Su Santidad ha concertado la boda del conde de Girgenti con la infanta Isabel Francisca. Esta infanta es la llamada a reinar, por la endeble salud del príncipe de Asturias. Entre mis documentos está un informe secreto suscrito por los médicos de palacio. Muerto el príncipe de Asturias, la diplomacia vaticana conseguiría la abdicación de Isabel II. Tendríamos en España de rey consorte a un hijo del Rey Bomba. No creo que esto pueda serle indiferente a la Venta Suprema.

En la boca del viejo carbonario asomaba una sonrisa capciosa.

—Dios mejora siempre sus horas. ¿Qué falta puede hacerle en su nube celestial tu regio sobrino? ¡Ya has comprobado, con un ejemplo, cómo se vuelve de las puertas de la muerte! Por lo demás, te diré que no son los ultramontanos, sino algunos liberales, quienes trabajan por la abdicación en el príncipe. Esos son nuestros informes. En cuanto a las dudas de su legitimidad, y al escándalo consiguiente, bueno será dejárselo a la grey carcunda y al duque de Montpensier. ¡Son los más interesados!

El príncipe rió ampliamente, con fachendosos alardes, y le tendió la mano:

—Usaré en mi beneficio esos secretos de alcoba, y me presentaré como candidato al trono de España.

Estaba en pie recogiendo la capa, el belfo desdeñoso, los ojos cargados de engaños. El carbonario le detuvo con amistosa soflama:

—Querido, si no has cenado vuelve a sentarte. El verte me rejuvenece. Me darás un listín de esos documentos. Deseo servirte. Acaso los revolucionarios españoles... La Cabaña puede mediar ofreciéndoselos, y si les pones un precio razonable... Ahora vamos a cenar. ¡Una pobre cena de proscripto! Quédate. Es conveniente que hagas las paces con Julieta.

El carbonario, requiriendo a los hombros la hopalanda de judío sacamuelas, llegó a la puerta, y con toses cavernosas llamó a la enojada tarasca.

X

La señorita Julia había puesto la mesa. Una lámpara colgada encima proyectaba su círculo sobre el hule rameado que sustituía a los manteles. La habitación adesvanada tenía las paredes cubiertas de estampas piadosas. En el rescoldo de un anafre, la cazuela de la cena esparcía vahos de guisote. La señorita Julia conversaba con un viejo raído y friolento. El carbonario presentó al príncipe:

—Un antiguo amigo del comendador Andrea Balduini.

La boca del carbonario insinuaba una mueca de cínicas memorias. Era flaco, menudo, muy moreno, prematuramente envejecido por los azares de una vida tormentosa. Los ojos, negros y ardientes, animaban con tenebroso contraste la cara amarillenta, cribada de la viruela. El viejo friolento, con gesto huraño, la voz sofocada por un verde tapabocas, alargó su mano de momia al bastardo de “Narizotas”:

—Antonio Raieri, vendedor de ratoneras.

Y señaló al rincón donde hacía brillos el rimero de la mercancía. Aclaró el sacramentado:

—Es mi huésped. Un egregio intelecto preocupado por limpiar de ratas y ratones la Ciudad Eterna. ¡Proveedor del Vaticano! ¿Verdad, primo, que has construido una ratonera de plata para la alcoba de Su Santidad?

—Verdad. ¿Por qué no ha de ser verdad? Una ratonera monumental de alamb brillo de plata, que pesa cinco libras.

—¡Entran en ella los cardenales! ¿Verdad, primo?

—¡Qué impertinencia, Cósimo! El Vaticano tiene ratas como carneros. ¡Ratas de dos mil años, que han roído las sandalias de San Pedro! Sí, he construido una ratonera de plata para la alcoba de Su Santidad. Su Santidad es un generoso protector de todas las artes.

El viejo tenía una expresión maligna de momia cascarrabias. El príncipe le oía con disimulados guiños a la señorita Julia. La tarasca, desdenosa, se movía gobernando la cena. El príncipe, en una pasada, le murmuró a la oreja:

—No sea usted rencorosa.

—¡Qué hombre cargante!

Burlona, volvió medio ojo gachón y pintado. El príncipe, que era muy dado a las faldas, se encandiló con aquel gesto. A poco el ex-moribundo se llevaba al viejo de la verde bufanda y quedaron solos:

—He aceptado este convite con la esperanza de borrar la mala impresión que usted, sin duda, ha formado de mí. ¡Yo soy un hombre galante, señorita!

—Caballero, usted parece ser un amigo de mi tío, y eso basta.

—¿No está usted ofendida conmigo?

—¡De ninguna manera!

—¿Quiere usted darme la mano?

—¿Por qué no?

—¿Me permite usted que se la bese?
—Cuando las tenga lavadas.
—¿Ahora no?
—Ahora huelen a guisado.
—¿Permite usted que me cerciore?
—De ninguna manera. Luego creería usted que se cenaba mis manos.
¡Sea usted formal, para que podamos ser amigos!
—¿No lo somos ya?
—¡Pues no dice usted nada! La amistad nace del trato.
—¿Y el amor?
—¡Vaya, que me ha tomado usted por el oráculo de Napoleón!
La señorita Julia tenía un gracioso descoco. Se levantó y fue a la puerta. El príncipe intentó detenerla:
—¡El amor nace sin tiempo!
—¡Será sietemesino!
—¡Es obra de una mirada!
—Pues lo pintan ciego.
—Con una venda.
La señorita Julia escapó meciendo el talle, y gritó desde la puerta:
—No quejarse si se chamusca el guiso.
El sacramentado y el compadre de la verde bufanda entraron hablándose con misterio. El vendedor de ratoneras, acercándose al anafre, quemó unos papeles. Aún traía en la nariz las antiparras, como si acabase de leerlos.

XI

Después de la cena —carnero muy especiado y abundantes libaciones—, la pintada tarasca, con alocados gorgoritos, humedecía los labios en todas las copas. El príncipe a hurto, le aprisiona el talle, y ella se esquina con remangue de ultrajada Lucrecia.

—¡Imprudente!

Quedan mirándose. La señorita Julia, con enojado sofoco, incrédulo el bastardo de "Narizotas". El señor Cósimo deja la mesa y anuncia que va por una garrafa de Montefiascone. El compadre de la verde bufanda ríe arrugando los ojos:

—¡Cósimo, hay que ser temperante!

La señorita Julia acude para servir el vino. Hace gorgoritos. Revolutea en torno de la mesa. Al inclinarse colmando las copas oprime un pecho sobre el hombro del príncipe. Musita calina:

—Sé discreto. ¿Dónde te hospedas?

El príncipe escribió con el cuchillo rayando el hule de la mesa:

—London.

Un reloj de torre daba la seis. En los Estados pontificios regía el antiguo cuadrante romano que marca las horas hasta veinticuatro, comenzando a contarse la primera después de vísperas. El viejo de las ratoneras lagrimeaba risueño:

—Niña, ven al lado de papá Antonino. Toma un sorbo de este cáliz. Luego tendrás que acostarme. ¡Media noche! ¡Quién vende ratoneras mañana!

El príncipe advirtió que el viejo, al beber, se derramaba el vino por las barbas, y comenzó a rondarle el tabanillo de un recelo. La señorita Julia besaba al vejestorio, al mismo tiempo que ponía el ojo gachón y pintado en el bastardo de "Narizotas". El señor Cósimo se levantó para brindar:

—¡Carísimo, porque te corones rey de España!

La señorita Julia escurría las copas, con insinuaciones de hallarse mareada:

—Me ofrezco de reina.

El señor Cósimo la miró paternal:

—Julieta, debes acostarte.

Lagrimaba el risueño compadre de la simbólica bufanda:

—¡Oh! ¡Qué delirio de grandezas!

Inclinóse con ampulosa cortesía el bastardo de "Narizotas":

—¡No una corona; una tiara merece la señorita Julia!

La tarasca corrió a echarle los brazos. Le rodea el cuello, sofocándole. Los otros compadres también le abrazaban. El vejestorio le besuquea, llenándole la cara de babas. Entre los vapores del mosto veletearon los celos del príncipe. Aturdido, intenta desasirse. Le aprisionaban los brazos, le despojaban de sus armas. No pudo gritar. La verde bufanda le caía sobre la boca. Manos de hierro se la apretaban. Entórnale confuso remolino de sombras. Había entrado gente. Le derriban sublevando un estrépito. La mesa volcada; un brillo de puñales. Logra levantarse. Vuelve a caer. Le vendan y le atan. Confusas voces. Muchas manos. Le sofocan la respiración con un pañuelo. Olorosa babel de cristal, de donde surge el ojo tragalón de la tarasca, la gola sensual, plena de gorgoritos. Somnifera babel de cristal. Éter y manzanas. Un tímpano remoto que se prolonga y se extingue y perdura lejano, lejano, lejano...

XII

El viejo de las ratoneras, acurrucado al pie del anafre, seguía quemando papeles. Le ayudaban dos fornidos bigardones. Los tres hablaban quedo:

—No hallarían nada los esbirros de Mestay Ferrati.

—Cenizas.

—Tampoco, porque las aventaremos.

—¡Cósimo ha estado hecho un Sahimi!

—¿Tú has venido de alumbrante?

—¡Qué diablo, a uno le gusta la comedia!

—Atiza esa lumbre.

—Vuestro príncipe estaba a mi lado. Me había infundido sospechas y me tuvo todo el tiempo con la mano en el cuchillo. Papá Antonino se ríe. ¡Bueno!

Hablaba soterrando la voz. Era un mocetón cuadrado, la máscara sanguínea, con venas violáceas. Apuntó el otro bigardo:

—¿Y quién viene a ser ese príncipe?

El viejo de las ratoneras miró a los rincones, frotándose las manos:

—El nombre de las personas es un accidente. Te bautizan, te ponen Cósimo, Pietro, Lindoro. Tú lo encuentras bueno, sigues con él a

cuestas. Que no lo encuentras a tu gusto, te rebautizas. Es el derecho al alfabeto.

El señor Cósimo asomó, con el chapeo sobre los ojos, embozado en la capa del príncipe. Le seguía la tarasca, y no pasaron de la puerta:

—¿Estás cierta de que escribió en el hule "London"?

—Cierta.

—Allí habrá dejado los papeles. Es preciso ir por ellos.

—Al tomarle las pistolas le cayó esta llave. Tenla.

El carbonario miró el número grabado en la patena de cobre que colgaba de una cadenilla:

—La edad del Descamisado de Judea.

Salió a la escalera. La tarasca fue detrás:

—¡Cósimo, qué será de mí si tú me faltas!

—Papá Antonino cuidará de llevarte a Nápoles. Allí continuarás sirviendo a la causa. Hasta luego o hasta nunca.

—¡Cósimo!

—Retírate. No son los momentos para que me hagas una escena.

El ex-moribundo comenzó a bajar la escalera. La señorita Julia cerró la puerta con prudente sigilo y pasó el cerrojo.

XIII

Ardía la última fogata de papeles. La señorita Julia estaba en el corredor:

—Papá Antonino, vamos a salir ahumados como chorizos.

Se incorporó el viejo con quejumbres de reumático:

—Niña, haz un lío con tu ropa, que nos vamos.

Suspiró la tarasca:

—Ya está hecho.

—A Cósimo pueden echarle el guante... Y todos en cuerda a las mazmorras de Santángelo.

Entre todos alzaron el cuerpo narcotizado del príncipe. Lo liaron en mantas disimulando la forma y los dos bigardones se lo cargaron como un fardo. La señorita Julia suspiraba en el corredor, con el lío de sus galas oculto bajo el manto. Al cobijo de la noche bajaron a la ribera del río y desatracaron una barca amarrada al abrigo de la Puerta Sixtina.

XIV

NOTA.—En Londres, algún tiempo después, se anunciaba clandestinamente la venta de unas cartas de Isabel II a Su Santidad Pío IX. Un libelo de aquel tiempo propaló que las había comprado un emisario del duque de Montpensier.

A primera vista, "Correo diplomático" parecería una ampliación explicativa de los motivos del rapto del Conde Blanc y del modo como han llegado a manos de los carbonarios los documentos secretos. Pero una lectura menos superficial muestra, al lado de coincidencias con lo narrado en los dos volúmenes de *El ruedo*, toda una serie de elementos en pugna:

a) Cuando en *Viva mi dueño* el conde sale de España, ya muerto Narváez, ha sido reconocido miembro de la familia real, sabe perfectamente cuál es el contenido de la correspondencia que se le ha confiado y está a todas luces envuelto en la intriga que busca la abdicación de la reina⁵. En "Correo diplomático", ha tenido que alejarse de la Península por "malquerencia del Espadón", quien le ha puesto "el veto", y por consejo del nuncio apostólico en Madrid; no ha sido reconocido y ha perdido las esperanzas de serlo; ignora el contenido de los documentos y levanta sus sellos para enterarse.

b) Ya no es *nieto* de Fernando VII, sino hijo, pues al referirse a la reina, habla burlonamente de "mi amante hermana"⁶.

c) Mientras en *Viva mi dueño*, el duque de Montpensier sólo *se interesa* por la documentación robada y el vendedor siente repugnancia de vendérsela a "la odiosa casta de Luis Felipe", en el fragmento de *Ahora* se dice que, según un libelo, el duque la había adquirido⁷.

Ante la confrontación y sus resultados, cabría preguntarse a qué época corresponde exactamente la redacción del fragmento. El error acerca del parentesco es lo que con más fuerza lleva a pensar en un período de tanteos y búsquedas anterior a la aparición de *La corte* y de *Viva mi dueño*. ¿Por qué, si esta suposición es acertada, Valle publicó tardíamente el fragmento? Sabemos de sus eternos apremios económicos. ¿Sería ése el motivo?

EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO

Facultad de Humanidades,
Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

⁵ Cf. *VMD*, pp. 306-307:

...El Rey Don Francisco entra acompañado del Conde Blanc... Sor Patrocinio saca el pliego...

—La Reina, en este autógrafo, somete el caso de conciencia a las decisiones del Santo Padre.

Susurró el Conde Blanc:

—Tío Paco, esta batalla hay que ganarla en Roma.

⁶ A través de lo poquísimo que he podido averiguar del personaje, éste fue en realidad un aventurero español, nacido en 1840, quien se hizo pasar por *nieto* del Deseado y descendiente de un hijo natural del monarca. Una simple razón de fechas indicaría la imposibilidad del parentesco que Valle muestra en "Correo diplomático".

⁷ Menos importante es otra contradicción. En *Viva mi dueño*, la reina da a entender que el conde ha sido raptado en el camino a Roma; en "Correo diplomático" lo ha sido en la ciudad misma y después del viaje.